

RELACIONES: ENFERMOS A MEDICOS

—Por MARIUS—

SUCEDIO una vez, pero hace tiempo, porque quien me lo relatara ya anda en los lindes de la apetitosa jubilación, que salió de Montevideo un barco japonés. En aquellos venturosos días en que la guerra no había trastornado al mundo y uno podía viajar en barcos de cualquier nacionalidad.

Como es natural, el nombre del barco terminaba en "Marú", que, según dicen los entendidos en japonés, quiere decir: "ciudad". "Montevideo Marú", "Ciudad de Montevideo"; Río de Janeiro Marú, "Ciudad de Río de Janeiro"; "Buenos Aires Marú", "Ciudad de Buenos Aires", ejemplos que bastan y sobran para probar que el japonés no es tan difícil y que lo que abunda son nombres de ciudades para bautizar barcos.

Allá iba nuestro barco rumbo al Brasil, que era primer puerto de escala en el dilatado viaje a través del Atlántico Sur, rumbo a las maravillosas tierras de Africa y Asia.

Había entre el pasaje buena parte de gentes de diversas razas, y un pasajero de tercera, al promediar el temible golfo de Santa Catalina, enfermó de suerte que nadie podía saber qué cosa le había atacado.

Estaba el hombre en su cama, día y noche, acosado por la fiebre y unos estertores que comenzaron a meter miedo a los compañeros de viaje. En una de éstas, resolvieron hacer la indagatoria condigna para saber a qué atenerse y le preguntaron, primero en japonés, luego en inglés, más tarde en francés, al rato en portugués, en seguida en español, y, a renglón seguido en malayo, javanés, indochino, chino antiguo, zulú, etcétera, qué le pasaba y qué sentía para estar tumbado de aquel modo.

A ninguno de los requerimientos contestó nuestro buen hombre. Parecía como que le hablasen en lengua jamás oída.

Corrió el rumor por el barco. Agolpáronse a la puerta del camarote los curiosos, en un silencio que solamente cortaba el estertorante respirar del enfermo.

Hubo quien se alarmó de veras. Y propuso que se llamase al médico de abordo, que era una especie de japonés dientado y lleno de lentes.

Para tal cosa fué menester que previamente se consultara al paciente. Se adelantó uno y le volvió a preguntar en todos los idiomas posibles qué sentía. Como obtuviera la callada por respuesta, dijo:

☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ☆

FALDAS LARGAS



—¿No te decía yo que tenía unas piernas fenómenas?

☆ ★ ☆ ★ ☆ ★ ☆ ☆ ;

—No va a haber más remedio que llamar al doctor...

Pronunciar la frase y surgir el enfermo como muñeco de sorpresa fué todo uno, exclamando:

—Doctor, no; doctor, no... —

Decía mi informante que la palabra "doctor" es palabra de miedo colectivo y que es entendida cualquier sea la lengua que se ignore.

Viene, posiblemente, el tal pánico, de los repetidos:

—Tome asiento, aún no ha llegado el doctor...

—Dijo el doctor que no se preocupe, que está todo arreglado...
...—Seguimos el régimen del doctor y ya ve usted... Está igualito...

Y tantas otras frases que ya han hecho carne y cicatriz en la vívida sensibilidad de las gentes.

El miedo al doctor va arreciando, nos decía nuestro informante.

Y bajando la voz y, en japonés antiguo, dejó deslizar esta inquietante frase:

—Usted sabe que cuando hay mucha salud en determinadas localidades suelen los médicos recetar píldoras...

—¿Píldoras? — preguntamos, también en japonés antiguo.

—Sí... Píldoras...

—Y ¿qué tiene que ver?

—Pues que las píldoras están preparadas con microbios de enfermedades que duran...

Y entonces nos explicamos por qué mucha gente se pasa años y años en manos de los médicos.

Y eso que toma píldoras a cada rato.

—Siempre que se tenga plata...
—musitó en japonés ultra-añejo nuestro diabólico informante.

PERIODOURC —